
Cocido con pelotas

M^a. Mercedes Tormo Muñoz

A pesar de visitar a mis abuelos todos los domingos, hacía tiempo que no pisaba San Pascual. Ellos viven en una casa de campo en la huerta con una gran morera delante que en agosto nos libra del implacable sol de agosto, mientras bajo la sombra de sus generosas y verdes hojas jugamos a las cartas la familia al completo, que es la época del año en que nos reunimos.

Mi padre tiene un hermano casado con una mujer andaluza, mi tía Julia, no recuerdo de dónde es, pero viven en Madrid con sus dos hijas, así que nos

vemos de largo en largo. Mi tía Julia nunca se llevó bien con mis abuelos. Decían que a su hijo Fernandín, el primogénito, lo habían cazado al vuelo cuando estaba destinado haciendo el servicio militar en Córdoba. Al terminar la obligación de servir a su patria, se casaron en el pueblo de mi tía Julia. Vistieron a mi tía de blanco, con velo, guantes y una enorme cola, aunque el vestido fuera un poco más amplio que el de otras novias; gestaba en su vientre a mi prima Jero. Enlazaron sus vidas en la iglesia, ante Dios y ante los hombres. Se supone que fueron de viaje de novios a un lugar lejano; pasaron la luna de miel en San Pascual, en casa de mis abuelos, que no asistieron a la boda. No cuentan mucho sobre qué ocurrió aquellos meses, tan solo sé que mi padre solía mofarse de la hilera de hormigas que tenía mi tía en el labio superior. Y sigue teniéndola. Mis tíos vivieron con mis abuelos y mi padre hasta que nació Jero. Mi tía no aguantaba más, tenía ganas de volar y desde luego voló, sacó tres billetes de avión hacia Madrid. Se trasladaron cerca de unos familiares de ella, que le habían ofrecido a mi tío un buen trabajo en un ministerio. Años más tarde nacería mi prima Sefa, es decir, Josefa. Todas las mujeres de esa parte de la familia tienen nombres que comienzan por jota. Si mi tía parece que se haya tragado un cucharón y mi prima Jero tiene cara de vinagre, Sefa es como el azúcar.

Hasta hace unos días mis padres y yo íbamos todos los domingos del año a comer el cocido con “pelotas” que hace mi abuela. Se suele levantar muy temprano y mata un pavo o un pollo, que tiene en la granja, además de conejos. Siempre la he ayudado. Luego, en un recipiente y con grandes tijeras de cocina, las dos cortamos en pequeños trozos la carne del pavo o pollo que le ha tocado ese día ser sacrificado en beneficio de nuestros estómagos. Después la mezclamos con magro de cerdo, piñones, perejil, ajo, embutido, yemas de huevo, sangre y pan humedecido con un poco de agua. Todo lo amasamos con las manos bien limpias. A continuación sacamos unas porciones del amasijo y hacemos unas bolas para pasarlas por las claras de huevo que habíamos separado antes, de esa forma evitamos que se peguen unas con otras. Terminada la operación, las metemos en un recipiente y las cubrimos con un paño de tela hasta que luego la abuela las cuece junto con las patatas y morcillas, tras el cocido del apio, zanahorias, chirivía, manitas y costillar de cerdo, ternera y garbanzos. También le añade colorante alimentario. Al finalizar la faena, degustamos con ganas el cocido con “pelotas”.

Soy bastante zalamera, por eso soy el ojo derecho de mis abuelos. Mi padre, que se llama Antonio igual que el abuelo, es el predilecto; vivió con ellos

hasta los treinta años que se casó con mi madre, Rosa. Ella era vecina de un pueblo cercano y se dedicaba a hacer zapatos en casa, igual que mi padre. Yo también me llamo Rosa y tengo once años, me gusta mucho mi pelo castaño largo y ondulado. En el pueblo casi todas las familias tienen un apodo, que es el mismo que heredan y llevan sus descendientes. Nosotros vivimos en la ciudad, pues mis padres montaron una pequeña fábrica de calzado que les va bastante bien.

Los jóvenes del pueblo llevan una vida moderna, en cambio los más mayores son tradicionales; se vive un ambiente muy familiar. A mis padres les gusta mucho San Pascual, a mí no tanto.

Mis tíos presumen mucho de lo bien que viven en Madrid, pero he escuchado a mis padres decir que es una ciudad muy cara y que por mucho dinero que gane mi tío son cuatro para comer.

Hoy es un viernes de julio; también hace un calor insoportable como en agosto. Llevamos varios días todos juntos, en casa de mis abuelos. Bueno, todos juntos no. Ya no. El abuelo llevaba varios días que no se encontraba bien. Falleció ayer. Hoy ha sido enterrado en el cementerio del pueblo. No se ha enterado de nada, sucedió mientras dormía. Pero los que quedamos aquí, sí sentimos el dolor por su ausencia. Ahora miro la casa de otra manera. Siento que el dolor está en el ambiente. Me arrepiento de no haber ido más, pero lo que está hecho no se puede cambiar. Tras el entierro del abuelo me siento rara. Entonces es cuando observo la huerta, extensa, orgullosa, bajo los rayos del sol. Su cielo azul cristalino, limpio. Y reparo en su gente. Tranquila, de puertas abiertas y amplio corazón. Es como si hubiera atravesado un portal dimensional a un sitio distinto del que yo vivo. De día escucho el canto de los pájaros y de noche oigo a los grillos, además de los ladridos de los perros. Habitualmente duermo con el ruido de los motores de los coches cuando pasan por debajo de mi ventana. Aquí todo es distinto. Empieza a gustarme la calma, el silencio de fondo. Me siento más arraigada al pueblo y a la sangre que corre por mis venas.

Hoy la abuela se ha empeñado en hacer para comer cocido con “pelotas”, dice que une a las familias en los días especiales. Y hoy es un día especial porque, aunque la silla del abuelo está vacía, estamos juntos tal como a él le gustaba. La abuela se ha cambiado de ropa y se ha puesto un delantal anudado a la cintura. Va al gallinero, elige un pollo, lo mata y desangra, mientras mi padre y mi tío están tomándose una cerveza en el comedor. En la cocina, mi tía, con

su acento andaluz desgastado por los años que ha vivido en Madrid, dice que no es un día apropiado para comer cocido con “pelotas”, pero la abuela sigue absorta en su faena. Entonces seguimos con nuestro ritual de los domingos. Mi tía, en una de sus entradas a la cocina para coger los platos, pone cara de mosqueo y le vuelve a reprochar a la abuela que el cocido con “pelotas” es una comida muy pesada, pues al caer la tarde tienen que regresar en avión a Madrid.

Mi abuela no está para tonterías. Mira a mi tía con el ceño fruncido y, al gesticular, le apunta con su gran tijera de cocina con la que está cortando la carne, mientras le recuerda que en su casa manda ella. En eso mi tía abre mucho los ojos, se da cuenta de que es mejor no rechistar y sale de la cocina con los platos en la mano. Entonces mi abuela me guiña un ojo, y despacio me susurra casi al oído que parece que mi tía se haya tragado un cucharón, como decía el abuelo. Le sonrío con complicidad. Al rato entra mi tío Fernandín, también con cara de mala uva; la tía Julia le ha contado lo que ha pasado, pero mi abuela no le deja ni resollar. Con una mirada que podría fulminar al más presuntuoso del mundo, frena en seco las palabras que iban a salir de la boca de su hijo que, con una mueca de desaprobación, vuelve al comedor para terminar su cerveza. Mi madre saca los cubiertos, Jero pone los vasos, Sefa dobla las servilletas... y todos comemos sin chistar las exquisitas “pelotas” de la abuela, porque hoy es un día especial en memoria del abuelo.
